
GACETA MÉDICA DE MÉXICO

PERIÓDICO

DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE MÉXICO.

PATOLOGÍA GENERAL.

INFLUENCIA DE LAS CONDICIONES ORGANICAS SOBRE LA MANERA DE MORIR

Es nada morir; es horrible no vivir: ha dicho el sublime poeta moderno en una de sus obras inmortales; y quizá en tan breves frases, haya estampado la suprema verdad filosófica y fisiológica que á la muerte concierne.

Morir, considerado en sí mismo, sin apreciar causas, abstrayendo cortejos de agonía y no haciendo mérito de creencias religiosas, no es temible; que cese la vida solo espanta á imaginaciones aturrulladas por el dolor, susceptibles por la enfermedad, empequeñecidas por consideraciones de fortuna ó familia, ó llenas del temor de venganzas ó castigos que impone la religion cuando se avista lo desconocido, cuando se apercibe el más allá.

Descansar despues de una jornada larga, muy larga y azarosa, durmiendo en sueño eterno, sin que hieran ya, ni la envidia, ni el desengaño, ni el dolor, es no solo lógico sino santo; es no solo grato, sino apetecible. Injusta fuera naturaleza si no hubiese puesto la muerte como término de la vida tal como nos la dió; sufrir *siempre* y sin tregua, con inclinaciones no buscadas é instintos no escogidos, y sufrir en perpétua lucha, sin terminar nunca, contra la naturaleza con todos sus elementos y la sociedad con todas sus miserias, es inconcebible cuando hay Dios.

Es dulce morir, no hay duda; nuestra organizacion odia la muerte, ó porque dudosa entre el raciocinio y la religion teme que acabe ese yo con que gozara y sufriera, ó porque con el vacio por credo, presente que va á destruirse para siempre esa federacion admirable que forma su individualidad; pero cuando la organizacion sola pide, cuando la organizacion sola siente, busca despues del dilatado camino de la vida, la paz que le brinda un cementerio.

Horrible sí, es no vivir; horrible borrarse del mundo ausentándose de seres y objetos queridos; horrible entrar á un paréntesis del que tal vez no volveremos, y donde la ciencia no ha metido su vista ni aun la fantasia sus alas;

horrible ocultarse tras de lo desconocido é irremisible, dejando sobre la tierra multitud de esperanzas é ilusiones; horrible dejar todo lo conocido y todo lo saboreado para seguir todo lo oscuro y todo lo espantable. Si fuese posible comprender por qué y para qué es la vida, por qué y para qué es la muerte; si fuese fácil SABER, y no solamente CREER adónde vamos y qué nos espera detrás del sepulcro; si fuera dable que el raciocinio y no la imaginacion, descifrarán el porvenir que aguarda á nuestra conciencia al atravesar el último aliento, quizá modificáramos las frases de Victor Hugo diciendo: nada es morir; es hermoso no vivir.

* * *

No se evapora la vida del mismo modo de los diversos organismos que animó; no huella con igual paso la muerte, ésta que aquella viviente organizacion; la manera de morir no es idéntica aun en individuos cercados por circunstancias afectivas, educacionales y religiosas semejantes. No muere lo mismo el niño que el adulto, ni éste que el anciano, como no cae lo mismo el arbusto que el árbol corpulento, aunque plantados en un propio terreno y regados por una misma corriente; no llega á la puerta del sepulcro de la misma suerte, el hombre que la mujer, como no se derrumba de igual manera el mimbre que la encina colosal; no se acerca á la fosa lo mismo éste que aquel enfermo, como no abate del mismo modo una sementera, el cierzo que el terrible simun; al hundirse en la eterna noche, el sexo y la edad y las afecciones morbosas ejercen influencia decisiva; el ropaje orgánico de un paciente viste su agonía; hasta la muerte en su manera de efectuarse es señalada por el organismo; la peculiaridad de la máquina humana indica peculiaridad en la despedida del mundo.

En la niñez es frecuente que las convulsiones, el delirio y multitud de otros accidentes nerviosos, sobrevengan como precursores y aun como cortejantes de la muerte; en los niños la vida se defiende á sí misma, aunque con el débil vigor de órganos todavía delicados; se vé que hay lucha entre la existencia y la destruccion; allí no es lógico morir, y el sistema nervioso, único guardian activo, se encarga de protestar llevando hasta lo último sus manifestaciones.

Los jóvenes, llenos de pasiones impetuosas, de ideas atrevidas y de esperanzas lisonjeras, mirando la vida por el lado de las ilusiones y de los placeres, tienen una agonía altanera y ofendida; parece que su cuerpo reclama la existencia é increpa á la muerte por herir lo que no debiera, por llegarse á quien apenas vive. La muerte de los jóvenes es dolorosa y delirante, agitada y alguna vez convulsiva; en ellos, como en los niños, el cerebro impetuoso se irrita y sulfura, y la muerte llega acallando al postrer manifestaciones nerviosas especialmente encefálicas.

Los adultos sufren en general, más que los de cualquiera otra edad, en su

agonía; la ambición y deseos insaciables de goces infinitos, hacen que el paciente tenga á la vida un apego cariñoso é iustintivo; la muerte acude, siempre imoportuna, á no ser cuando ha ido gastando golpe á golpe y lentamente los resortes de la vida; la víctima se agota entónces, casi siempre humildecida á fuerza de religion ú hostigada á fuerza de sufrimiento; pero cuando la Parca hiere con rapidez, encūtra por lo comun una blasfemia en los secos labios del que espira.

En la vejez, la destruccion lenta de las fuerzas orgánicas va poco á poco gastando y amenguando el amor á la existencia; en la vejez el alma se despidе tranquilamente de su compañero y entra en la eterna noche, serena y con gusto. Los ancianos, minados por enfermedades consuntivas, llegan aun más tranquilos á los umbrales de la muerte, platican su falta en el mundo como si fuera ajena, auguran su agonía, y casi siempre, se duermen propiamente, cuando mueren.

Los decrepitos, cansados de la vida, fatigados por el desengaño, con su máquina encallecida y sus deseos y esperanzas muertas, con sus órganos lánguidos y rebacios, tienen necesidad de reposar, quieren morir, sienten que su vida ha rodado hasta el término debido, ven la destruccion con entusiasmo, y se aproximan á la tumba como el náufrago á tierra, con alborozo indescrible. Estos individuos se extinguen más bien que se mueren, se apagan como lámparas sin combustible, espiran descendiendo una suave pendiente por ellos esperada. En los decrepitos morir es natural, sencillo y gustoso.

Las mujeres, más sensibles, más delicadas que los hombres, son sin embargo, capaces de soportar penas mayores que aquellos; la naturaleza las dotó de modo que estén listas para pasar por desarreglos perpétuos en su salud, desarreglos que las habitúan al dolor y á la resignacion. La entereza de la mujer se advierte hasta en la muerte; en general su sexo les comunica cierta valentía, cierta resolucion para esperar el último trance: una mujer muere casi siempre tranquila y silenciosa.

En general en las enfermedades agudas, la última espiracion llega precedida de angustias y dolores; pero casi siempre acompañada de energía y alumbramiento cerebral; allí no hay miedos ni duelos; allí no hay humillaciones ni indignidad; el gran paso se da con valor admirable y entereza heroica, elaborando el cerebro pensamientos levantados y profiriendo los labios discursos conmovedores y sentenciosos. Así murió Mirabeau.

En las enfermedades crónicas é hipocondriacas se muere sin resignacion y poseído de espanto; el enfermo cae desalentado y tembloroso bajo la segur de la Parca, como cae el ajusticiado bajo el hacha del verdugo; las lágrimas y el pánico se encargan de prepararlo, y la desolacion de acompañarlo hasta su último momento. Así pereció Felipe II.

Las fiebres maligno-nerviosas deprimen también y en lo general, la energía de los adultos; también en ellas sobreviene la muerte en medio del desaliento, también en ellas acude la agonía de un modo terrible y sombrío. Así acabó Carlos IX.

Las fiebres consuntivas son preciosas para morir; el paciente, acariciado por esperanzas, tranquilo, incrédulo sobre el porvenir que le espera, y que acaso á su oído pronunció la religión ó la amistad, burlador del pronóstico de su médico, proyectando viajes lisonjeros, arrullado por ilusiones, coronado de ensueños de ventura, marcha á la muerte como un héroe bajo de arcos de triunfo, y agoniza sin comprenderlo; allí no hay sufrimiento sino de los que quedan, ni llanto sino de los que circuyen el lecho mortuorio; el que se fué, salvó sorprendido el lindero vital. Así espiró Luis XI.

En las muertes por accidente, en que no interviene ó solo fulgura una verdadera enfermedad; en aquellas en que el paciente entra al cuadro agónico ántes de que se acentúe una sintomatología peculiar, la manera de morir es marcada orgánicamente por el temperamento y constitucion propias del individuo.

Los que tienen pulmon amplio y corazón grande, fibras flexibles y tejidos frondosos, mueren intranquilos pero resignados, pacientes pero sumisos, sensibles pero magnánimos. Así cuentan que murió Sócrates.

Los que además del contexto orgánico dicho, llevan un hígado voluminoso, secretante de mucha bilis, y órganos de generación enérgicos, membranas secas, vasos gruesos y sistema nervioso fuertemente irritable, aguardan la muerte con enojo y á la vez con espanto; y si á alguien deben morir, quisieran vengarse, y se reconcentran en el más impotente aborrecimiento. Así se refiere que espiró el infeliz conde Ugolino, en una torre de Pisa.

Los que poseen fibras blandas, hígado y órganos genitales poco enérgicos, sistema nervioso apenas irritable y pulmon amplio, no dan á la muerte toda la importancia que se merece, presencian la llegada de las manifestaciones agónicas, como huéspedes, espantables por no esperados; su imaginación generalmente soporosa, no apacienta más que los dolores físicos; las esperanzas que divisan aunque entre sombras, son casi siempre bastantes á consolarlos y á galvanizar hasta el último instante esa su entereza falsa y sobrepuesta. Así se dice que pereció Boabdil, el último rey granadino.

Los que tienen pecho y epigastrio estrechos, fibras delicadas, nervios poco activos, hígado apenas enérgico y órganos genitales dominantes, temen mucho morir; su agonía es opresiva y lamentable; sus padecimientos imaginarios tan terribles ó más que los físicos; entran al silencio eterno impelidos por el terror y por la puerta de la desesperación. Así se historia que falleció Alejandro VI.

Los que tienen un sistema muscular muy desarrollado, dominante en su organización, con detrimento del vigor de los demás órganos, con defraude de la

importancia del resto de la máquina, mueren con miedo, pero con un miedo instintivo, no inteligente; su pensamiento es estrecho para abarcar la significacion de su pérdida, y su conciencia pequeña para medir su propia falta. Así morian, dice la tradicion, los atletas en el circo de la antigua Roma.

Los que poseen un sistema nervioso, dominador y absorbente; aquellos en quienes órganos otros que los nervios están totalmente esclavizados, aquellos en quienes el dinamismo cerebro-espinal centralizó el poder, aquellos en quienes la esencia de la vida es la sensibilidad exquisita, esos comunmente mueren con manifestaciones atáxicas ó adinámicas importantes y á veces terribles.

Si los órganos en masa no contrapesan el imperio nervioso competentemente, la depresion es profunda, el desaliento grande, el pavor inmenso; el paciente, loco de espanto, entra en la agonía por el sendero de la postracion y desfallece facilitando la obra de la Parca, que no hace sino apagar con soplo imperceptible la lámpara vital que flamea espirante. Así se narra que murió Theodorico el matador de Symmaco y la amasia de Guillermo de la Tour.

Si los órganos en grupo protestan enérgicamente contra la influencia cerebro-espinal, el paciente muere de un modo angustioso y terrible; la ataxia acude á empujarlo á una muerte que le anticipó su imaginacion calenturienta y le preparó su cerebro ensoberbecido; el miedo profundo trae el delirio y éste espolea la destruccion; á poco el paciente comienza á temblar; sus músculos mimicos y cutáneos y gran número de los otros resortes de la vida principian á moverse como las yerbas al avistarse el huracan; surge el cansancio; la respiracion se hace fatigosa; los ojos gran desalentados, enrojeciéndose y ennafiándose sus superficies; las manos se asen á las ropas, al viento, á la nada, como para detener la partida; por fin, un último sacudimiento más grande, más amplio, más espantoso, una postrera espiracion más fuerte, estertorosa y sostenida, una final revolucion de los ojos quebrados y sin vista. . . y la muerte acaba con su victima. . . y la tormenta pasó. . . y solo queda una organizacion desierta y ruinosa que en adelante carcomerán sucias larvas

Así se cuenta que murió la esposa del príncipe de Condé, celosa de la Limeuil: así murió Haller: así acabó el célebre Carlin.

La muerte repentina, la muerte instantánea, como la del marqués de Luvois, como la de Raisiac, como la de Diágoras, como la de Leon X, propiamente no tiene periodo agónico; el ingreso á la eternidad es brusco; el paso es desde la vida á la muerte; el descenso, desde el sér hasta la destruccion

El instinto, esa alma del simpático, se queda sola y estupefacta asistiendo á la muerte particular de los órganos; aguarda á que todos ellos duerman el sueño de reposo último, y cuando todo finalizó. se ausenta. quién sabe dónde se marcha. pero como el alma, se evapora para siempre

* *

Por lo expresado, que en parte aunque pequeña, inspiró Cabanis, y en la mayor mi propia observacion, viénese á demostrar que la edad, como el sexo, la afeccion morbosa como los grupos orgánicos que forman los temperamentos, como la constitucion, influyen sobre la manera de morir, influencia que comprueba una vez más, que el fisico es padre de lo moral, que el cuerpo revela el alma, y que el hombre lleva en sus órganos su espiritu y en sus facciones algo de su manera de vivir y mucho de su modo de morir.

E importa mucho á los médicos conocer el modo agónico de los enfermos, no solo porque prediciéndolo á los deudos prestigian la ciencia, sino, y muy especialmente, porque pueden quitar ó poner cerca de los pacientes algo de lo que angustie ó tranquilice su agonía.

A la Medicina está encargado no solo curar sino consolar; y cumple sin duda con este sacratisimo deber, cuando, aunque desalentada por una derrota, sigue á su enfermo avivando su esperanza y minorando su congoja hasta el momento mismo en que su individualidad abandona para siempre nuestro planeta.

México, Julio 9 de 1883.

FERNANDO MALANCO.

ACADEMIA DE MEDICINA.

SESION DEL 25 DE ABRIL DE 1883.—ACTA N.º 26, APROBADA EL 16 DE MAYO.

Presidencia del Sr. Dr. Carmona y Valle.

Se abrió la sesion á las siete y cuarenta y ocho minutos de la noche, dándose lectura al acta de la anterior, que sin discusion fué aprobada.

Se dió cuenta con las publicaciones nacionales y extranjerias recibidas durante la semana.

En seguida el que suscribe dió lectura á las siguientes comunicaciones:

1.ª De la Sociedad Médico-Farmacéutica «Pablo Gutierrez,» de Guadalajara, participando á la Academia la eleccion de su Mesa Directiva para el año de 1883-84.

Contéstese de enterado, y felicitándola por su eleccion.

2.ª Del Sr. Soriano manifestando: que en virtud de no haber aceptado la Academia la renuncia que hizo de su cargo de 2.º miembro de la Comision de